

## Los dominios perdidos de Jorge Teillier

Hace poco en una reciente visita a Santiago de Chile compré *Los dominios perdidos* (Santiago: Fondo de Cultura Económica, 1998), antología de la poesía de Jorge Teillier (1935-1994), que va ya por la cuarta edición. Luego de releer los poemas de Teillier uno se pregunta por qué este extraordinario poeta chileno ha sido excluído de algunas antologías (en apariencia importantes) en el contexto hispanoamericano. Esto comprueba que las antologías en realidad son más informativas que definitorias en relación a la importancia de la obra poética de un autor. Creo que a los poetas no nos debe importar si estamos incluídos en tal o cual antología, si creemos de verdad en nuestra propia obra y su resonancia. Muchas veces nos equivocamos, y me incluyo en este proceso de reinención de irrealidades. Las antologías, por último, son o deben ser, reflexiones personales, y no llamar a su antología, como algunos ya lo hicieron: *la* antología. Creo que esto al final de cuentas no es importante. El tiempo es el mejor juez de lo perdurable en la palabra poética.

En Chile, es fácil darse cuenta de la preferencia del lector al hablar de poesía chilena. Hay unos pocos nombres que entran al juego de la transgresión y la permanencia: Huidobro, Rosamel del Valle, de Rokha, Neruda, Mistral, Parra, Rojas, Teillier, Lihn, Hahn, Zurita. La fascinación por la obra de Teillier es impresionante en el contexto de la poesía chilena del siglo veinte. Los poemas de Teillier contienen una aparente sencillez que describen cuadros de la cotidianidad, la infancia, la muerte, y la memoria. Dentro de estos segmentos, la soledad, es un aspecto importante de su poética. Es una soledad que se mezcla con el paisaje, la luz y la naturaleza. Siempre hay una luz, a veces encendida, a veces opaca. Lo mismo sucede con algunos textos de Vallejo, en los cuales se mezcla una cotidianidad, pero que llegan a profundizar tanto en lo cotidiano, que lo *cotidiano* se vuelve tedioso y deslumbrante al mismo tiempo. El lector pretende, piensa que está instalado allí, en la sala, en el mismo poyo de la casa, y que lo puede ver todo con facilidad; pero no se da cuenta que detrás del muro está la arena que recubre la casa, y más allá un engranaje de metáforas y símbolos que lo enceguecen con insuficiente luz.

La poesía de Teillier es muerte y resurrección. Su recorrido atraviesa por todas las vicisitudes que enfrenta el ser humano en la vida, y también aquellos pocos momentos de alegría están ahí en la página escrita. El poeta consigue llevar al lector por ambos mundos: el de la

fascinación ante lo más mínimo de la contemplación de los objetos, y el de la propia destrucción, la paradoja de la muerte, la hipérbole de la felicidad. He aquí una prueba del arte poética de sus años de madurez:

Un hombre solo en una casa sola  
No tiene deseos de encender el fuego  
No tiene deseos de dormir o estar despierto  
Un hombre solo en una casa enferma.

No tiene deseos de encender el fuego  
Y no quiere oír más la palabra Futuro  
El vaso de vino se ha marchitado como un magnolio  
Y a él no le importa estar dormido o despierto.

La escarcha ha empañado las ventanas  
Pero a él sólo le importa mirar la apagada chimenea  
Sólo le gustaría tener una copa que le contara una vieja  
historia

A ese hombre solo en una casa sola.

Una historia como las que oía en su casa natal  
Historias que no recuerda como no recuerda que  
aún está vivo  
Ve sólo una copa vacía y una magnolia marchita  
Un hombre solo en una casa enferma.

*De El Molino y la Higuera (1993)*